

Del tiempo

Antoine Roquentin



Capítulo 1

DEL TIEMPO

"Todo lenguaje es de índole sucesiva;

No es hábil para razonar lo eterno, lo intertemporal"

J. L. BORGES. Nueva refutación del tiempo

Hegel hizo famoso su aforismo de que todo lo real es racional, y todo lo racional es real, oponiéndose a Kant y a los demás exponentes del idealismo alemán. Sin embargo, nada hay que sea menos real, a la vez que menos racional, que el tiempo. La fatalidad del eterno presente nos induce a esta sentencia; se impone a la realidad no como fenómeno, sino como nómeno, un algo que no podemos comprender, al menos, no sin recurrir a las categorías del entendimiento.

Es así que para Kant las nociones de espacio y tiempo resultan indispensables para cualquier tipo de conocimiento, son anteriores a éste. En este sentido, puede tomarse el concepto como el ejemplo perfecto de un juicio analítico: el predicado está comprendido en el sujeto; o, más precisamente, el predicado "es" el sujeto. Debe observarse, sin embargo, el acierto de Hegel en apuntar que el método kantiano reduce estos juicios a eternas antinomias intelectualmente irresolubles. La confirmación tácita se encuentra -al menos en parte- en la primera antinomia matemática, la del tiempo y el espacio (Sección II, Capítulo II, Libro II). Algo parecido creemos encontrar en la famosa aporía del tiempo de San Agustín: "Pero, ¿qué es él en sí? Cuando nadie me lo pregunta, lo sé; pero si me preguntan y debo explicarlo, no lo sé", e inmediatamente más abajo: "Pero estos dos tiempos, el pretérito y el futuro ¿cómo son si el pasado ya no existe y el futuro todavía no llega? En cuanto al presente: si siempre lo fuera, no se resbalaría hacia el pasado, y ya no sería tiempo, sino eternidad"

Antes de San Agustín, para el S. IV a. C, la formulación de las paradojas de Zenón de Elea acerca del movimiento, fueran acaso los prolegómenos para que Aristóteles terminara por unir ambos conceptos en el libro VI de la Física: "Por consiguiente, el tiempo es o un movimiento o algo perteneciente al movimiento". El tiempo ha estado siempre unido al sujeto mismo que lo percibe. Pero no como fenómeno; sino, como se dijo anteriormente, como nómeno.

Continuando con las diversas interpretaciones del tiempo, si creemos en Spinoza: "El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no implica tiempo alguno finito, sino indefinido" (Ética, Tercera parte, proposición VIII). De este modo, todo esfuerzo del ser humano, todo

conato se encontrará condicionado en razón del tiempo, sentencia que quizás prefigure la interpretación kantiana que ya hemos referido.

Podrá notar el lector que, a pesar de los autores, nos parece un infortunio el que, a pesar de la importancia de la materia, no sepamos todavía qué constituye el tiempo. Lo intuimos, lo sentimos, pero no hemos logrado, a pesar de los largos siglos pasados desde su formulación, a una definición acabada de lo que constituye realmente.

Por otro lado, y de acuerdo con la primera ley de la termodinámica, la energía no se pierde, sino que sólo se transforma. Ahora bien, para la realización de todo proceso es necesario un trabajo que consumirá esa energía; consecuentemente, la realización de cada trabajo supone (quizás por cierta ineficacia) la imposibilidad de empleo de la totalidad de la energía, siendo que parte de ella resultará perdida a los efectos del resultado del trabajo. Ésta es la segunda ley de la termodinámica, según la cual la energía excedente por la realización de un trabajo, es liberada, aumentando la entropía. Cada proceso del universo favorece este desorden.

Ésta, la segunda ley, es la única referencia que tenemos acerca del tiempo. El resto de las leyes científicas puede utilizarse tanto en un sentido (de presente a pasado) como en el otro (de pasado a presente). La entropía inherente a cada proceso que se genera en el universo refuerza, de acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, la idea que tenemos acerca del tiempo: son las consecuencias del desorden al que tienden las cosas. En otras palabras, el único motivo por el cual recordamos el pasado y no el futuro es que, en el primero caso, ya se ha empleado la energía para el trabajo en cuestión, de manera que el desorden resultante ha quedado plasmado en forma de recuerdo; no sucede lo mismo con el futuro, ya que al no haber sido realizado ese trabajo, la entropía resulta menor, no se ha empleado todavía la energía necesaria para aumentar la entropía que genere el recuerdo. El proceso para generarlo, exige un gasto energético que tiene como resultado, por un lado, el aumento de la entropía; por el otro, la generación de sus consecuencias (el recuerdo mismo). Si no se realiza este trabajo, no se habrá gastado energía alguna, de modo que no es posible conocer los resultados de un trabajo no realizado, de un gasto de energía no empleado.

Vayamos un poco más lejos. Si quisiéramos apoyarnos en algún otro concepto científico para descubrir qué es el tiempo, el resultado no sería menos incierto. Aportes como el llamado "cerebro de Boltzmann", o el experimento del "borrador cuántico" ponen en duda ciertos conceptos muy arraigados dentro de nuestra manera de interpretar el tiempo. En el primer caso, se intenta argumentar el por qué, dada la segunda ley de la termodinámica, ha sido posible la creación del "cosmos" que constituye un ser consciente de sí, en medio de una expansión que surge y tiende a la

entropía. Esto es: del estado entrópico anterior a la aparición del ser humano, no es posible suponer (si esta entropía sólo puede aumentar) que surja en él un organismo consciente de sí, mientras se transita el camino hacia un desorden mayor.

El segundo caso es todavía más confuso. En términos simples, consiste en lanzar dos partículas entrelazadas, de modo que una de ellas (por medio de ciertos espejos) tarde más en su recorrido, de suerte que pueda medirse -observarse- el estado del experimento luego de que la primera partícula haya impactado, pero antes de que lo haga la segunda. En todos los casos, el resultado del impacto de la primera partícula será conducente con el estado de la observación (o no) del experimento total. De lo anterior sólo puede conjeturarse que el estado de la primera partícula se encuentra condicionada por un acto posterior: la partícula actuará de acuerdo a lo que suceda en el futuro.

Seguramente el lector sagaz habrá comprendido, a este punto, que seguimos sin llegar a una definición de tiempo; seguimos sin saber qué es el tiempo. Tal vez, como para San Agustín, si no me lo preguntan lo sé, si me lo preguntan y debo explicarlo no lo sé. Tal vez, como para Einstein, es una dimensión relativa. Tal vez, como para Heráclito, es como un río que fluye constantemente, hacia alguna desembocadura desconocida por nosotros. Tal vez no sea un constante fluir, sino pequeños paquetes de cuantos, o *quantums*, algo así como fotogramas que, por su velocidad, nos dan una falsa idea de fluir, de devenir.

Esto tampoco responde la pregunta, la que sigue siendo, a pesar de los esfuerzos, una antinomia. Para resolver el conflicto, volveremos a Hegel, y su aforismo de que todo lo real es racional, y todo lo racional es real, siempre que esto permita la existencia del "yo", el único concepto del que -por razones obvias- no dudaremos, en el marco de un principio antrópico. Desde esta perspectiva, lo único real, lo único racional dentro de nuestra experiencia, es nuestra existencia individual. De manera extensiva, podemos suponer que también lo es la existencia de cada uno de nosotros como sujetos cognoscentes.

Así, independientemente del concepto abstracto, podemos conocer racionalmente que existimos "en" el tiempo, que es la sustancia de la que estamos hechos, como quería Borges, y aquello de que "es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre". Es caer en la cuenta de que el tiempo, desgraciadamente, es real; que cada uno de nosotros es, desgraciadamente, el que es "en" el tiempo.

La consecuencia lógica de este razonamiento, es que el tiempo comienza para cada uno de nosotros cuando comienza nuestra vida, que termina con nuestras muertes. El universo mismo comienza y termina en estos dos momentos. Y esto no contradice en medida alguna la existencia de un

ser superior: pasemos o no a otro estado luego de nuestra existencia, el universo material, el tiempo material, el de esta tierra, se crea y cesa en esos instantes.

Sólo de esta manera cobra sentido el planteamiento de un concepto tan complejo y abstracto como el del tiempo. Para poder llegar a la conclusión de que "mi" tiempo es finito, dentro de uno más extenso -y tal vez infinito- que integra a todos los seres conscientes; y que, como consecuencia de este hecho, el planteamiento de estas antinomias, de estas aporías, son aquellas que justifican nuestros días.

Antoine Roquentin